

Conoce usted el delicioso asunto del gran poeta francés Edmond Rostand

Cyrano de Bergerac

¿no es verdad?

PUES EN SU BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

publica tan precioso asunto en hermosa literatura.

Disfrutará todo el que lea nuestro libro

CYRANO DE BERGERAC

128 páginas. Profusión de fotografías.

¡ RUIDOSO ÉXITO !
MUY EN BREVE !

E. VERDAGUER MORERA - TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 121

25 cts.



EL MURCIÉLAGO

por
Douglas
Mac-Lean y
Foris May
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 121

El Murciélago

Interpretación de la película por
Douglas Mac Lean y Doris May

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de SELECCINE, S. A.

Programa AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ALMA BENNETT



El Murciélago

Argumento de la película de dicho título

¿No saben ustedes quién es ese presidiario que barre los suelos de las oficinas de la cárcel?

Se llama Solón Clancy, por mal nombre *El Murciélago*.

Reside, por una temporada, en la mansión sólida, amplia, bien ventilada y tranquila, en la que el Estado sostiene a aquellos que se atreven a burlarse de la majestad de las leyes.

El Murciélago no era lo que se dice un mal muchacho, sino que las compañías de que se rodeara lo condujeron por peligrosos senderos donde cualquier paso en falso tiene graves consecuencias.

Sketer Burns, camarada del *Murciélago*, sentía en el alma salir a respirar el aire de la libertad—pues el «veraneo» en la «torre» había terminado ya para él,—dejando en el encierro al *Murciélago*.

Al entregarle la hoja de salida de la prisión, uno de los altos funcionarios de la misma le dijo a Burns:

—Sentimos mucho que se vaya usted precisamente cuando se había convertido en nuestro mejor impresor.

Burns no estaba apenado por el hecho de perder de vista todo lo que afectara a la cárcel, sino por tener que separarse del *Murciélago*,

según lo hemos manifestado ya. Eran dos buenos amigos que se profesaban mucho afecto.

Burns, listo para marcharse, hizo un ruego al encargado de las oficinas:

—¿Puedo despedirme del *Murciélago*?

—Sí, hombre.

Burns le tendió cordialmente la diestra al *Murciélago*, y dióle unos cariñosos golpecitos con la otra mano en la espalda.

—Estaré esperándote detrás de la reja grande, del sábado en seis meses—le dijo.

—Buena suerte, Burns—le respondió *El Murciélago*.

—Y tú, mucha resignación. Si la tienes, ya verás qué pronto pasa el resto de tu condena. Adiós, muchacho. ¡Salud!

—Adiós, Burns. ¡Hasta la vista!

A poco el sol bañaba en su luz al resucitado a la vida.

El Murciélago siguió barriendo, con más lentitud aún que antes, y se le presentó un celador.

—Si continúas trabajando como lo haces, te vas a romper algún hueso.

—Estoy enfermo... pero voy a terminar mi tarea en seguida.

Ya daba *El Murciélago* los últimos escobazos a su obligación, cuando irrumpió en la administración de la cárcel una comitiva de visitantes.

Los funcionarios de las oficinas se pusieron a las órdenes de las visitas, que iban provistas de recomendaciones, y *El Murciélago* recogió la aglomeración del polvo y otros desperdicios que amontonara en un rincón, y fuéla a vaciar en el cajón de la limpieza.

Este cajón se hallaba en un cuartito que hacía las veces de ropero del alcaide del esta-

blecimiento, y depósito temporal de basuras y efectos para reunirlos.

En dicho cuarto dejó *El Murciélago* la escoba, la pala, y la basura.

Cuando fué para salir para volver a su celda, se fijó en la ropa del alcaide, y asiendo la manga de una americana, bromeó, solo, como si esa manga fuese la propia mano del alcaide:



—Si continúas trabajando como lo haces, te vas a romper algún hueso.

—¿Cómo le va a usted, muy señor mío?

Como quiera que hacía algún tiempo que no se había vestido como las personas decentes, *El Murciélago* fué picado por la curiosidad de ver qué tal le caería el traje del alcaide.

Para satisfacer su deseo, despojóse rápidamente de sus ropas de esclavo, y transformóse, con las del alcaide, en un pastor.

Un pastor pareciólo porque no tenía corba-

ta que ponerse, y el cuello fuerte y alto, sin adorno alguno, le daba aquel aspecto.

Vestido de hombre, *El Murciélago* tuvo una idea: no desvestirse otra vez.

¿Pretendía acaso cumplir su condena en traje de calle?

Claro que no. Lo que él intentaría sería huir.

La partida de Burns era lo que le había hecho desear esa fuga, y la llegada de los visitantes, lo que le había sugerido la ocasión de escaparse. ¿Cómo?

Muy sencillo: cuando las visitas regresasen de su inspección, él se uniría a la comitiva y le sería asimismo franqueada la salida.

Decidido a correr la aventura, *El Murciélago* escondió sus ropas de preso en un rincón del cuartito a que hemos hecho antes alusión, y tan pronto aparecieron en las oficinas los visitantes, él salió sigilosamente de su escondite y agregóseles.

Poco después, sin que nadie pudiera sospechar la habilidad del *Murciélago*, éste se contaba entre los «vivos».

Burns, recién salido de la cárcel, se dirigió a la casa de huéspedes de la señora Parry, en donde se congregaba lo más selecto de la bribonería de la ciudad, para reanudar sus servicios en el negocio común.

Charlie, el leguleyo, así llamado porque, a pesar de su natural perversidad, siempre cometía sus delitos dentro de la ley, y no había memoria de que hubiese caído en manos de la policía, venía a ser el jefe de los amigos de lo ajeno que frecuentaban la casa.

El leguleyo se interesó por *El Murciélago*.

—¿Qué sabes de él?—le preguntó a Burns.

—Lo dejé *alli* no hace mucho rato. Todavía le quedan seis meses de encierro.

—Lástima que a ese muchacho lo prendieran a las primeras de cambio. Puede que en su encierro haya *visto* que el oficio es duro, y que ya no le veamos más entre nosotros.

—¡Chitón! Llamaron...—advirtió al leguleyo uno de los adeptos que le rodeaban.

—Adelante—dijo Charlie.

Abrióse la puerta y apareció *El Murciélago*.

Burns se asombró extrao: dinariamente y no escasamente todos los demás.

—¿Cómo es posible, chico, que estés aquí?—dijole Burns a Clancy, que se sonreía con aire de triunfo.

—Desde que era chiquillo tengo antipatía por las cárceles. Esta mañana al ver salir a Burns, me dije: «Yo también me iré hoy mismo». Y aquí estoy.

—¿Cómo pudiste evadirte?—inquirió el leguleyo.

El Murciélago echóse a reír pensando en la estratagema que había empleado para salir a sus anchas a la calle, y los que oyeron su relato comentaron entre risas y gestos de admiración, la sangre fría del escapado de presidio.

—Te jugaste el pellejo, muchacho—le manifestó Burns.

—Eres grande, *Murciélago*—le dijo el leguleyo.

—Medianito nada más—replicóle jovialmente el aludido.

En esto, la señora Parry vino a entregar al *Murciélago* una carta.

—Recibí este sobre dirigido a usted con su verdadero nombre y no quise mandárselo a la Penitenciaría.

El Murciélago leyó la carta contenida en dicho sobre. Era del notario Noéh Gibbs, de Dodson, y decía:

Como administrador de los bienes de su difunto tío, el señor Jefferson Clancy, me complace manifestarle que ha sido V. designado heredero universal de su fortuna. Espero su visita.

—¡He heredado, amigos!—exclamó *El Murciélago* apenas leída la noticia del notario.

—A ver, a ver...—dijo el leguleyo.

—Toma.... Este «susto» no podía llegar con más oportunidad, pues además de la herencia que allí voy a recoger, Dodson es un pueblecito excelente para esconderse durante algún tiempo.

—Te felicito en nombre de la comunidad—añadió el leguleyo devolviéndole la carta.—Si la suma es crecida no te olvides de quienes mucho te aprecian.

—Descuidad.... Si cobro un buen pico, no le faltará a ninguno de vosotros un cigarro de a cinco céntimos. ¡Yo soy así: generoso!

La promesa fué recibida con bronca en todas las galerías, y el bueno del *Murciélago* hubo de aumentar el precio de los cigarros de un cincuenta por ciento.

Calmados los ánimos, *El Murciélago* anunció a sus amigos que partía aquel mismo día para Dodson y rogó a Burns que le acompañara allí.

Aceptó este último, y poco después los dos estaban devorando kilómetros en ferrocarril.

Al llegar a Dodson, Estado de Kansas, los dos buenos amigos dirigieron al empleado de la estación, que asumía los cargos de jefe, mozo y otras cosas más,

—¿Dónde está el pueblo? — le preguntó al aludido *El Murciélago*.

El requerido miró con ojillos asombrados a los dos forasteros, y con aplastante naturalidad respondió a la pregunta que se le había hecho, así:

—El pueblo está detrás de la estación.

El ferrocarrilero — ¡anda que nombre! — y otro distinguido vecino de Dodson, no les quitaban ojo a los forasteros y les siguieron hasta el pueblo contemplándoles como algo curioso de ver.

El Murciélago y Burns se reían de la ingenuidad de esos dos pueblerinos mientras caminaban acercándose al corazón del lugar.

El estado deplorable de los caminos y calles; la suciedad que se notaba en muchas casas, la cortedad de sus habitantes, su ignorancia, fueron los tantos motivos de desagradable impresión que recibieron del pueblo los recién llegados.

Un detalle que indicó a los forasteros el espíritu de aquella gente, fué la cola de curiosos que se formó detrás de ellos, con el ferrocarrilero a la cabeza, mascando *chicle* a rabiar.

—¿Dónde nos hemos metido, *Murciélago*? — preguntó Burns a su amigo.

—¡Supongo que no se habrán enterado de mi fuga!

—¡Quita, hombre!

—Pues entonces, ni que fuéramos artistas chirigoteros de circo. Pero ¿tú crees que nos conviene que se fijen mucho en nosotros... en mí?

—No pases ningún cuidado; no te vaya a dar ahora la manía de que en este agujero más

puerco que un corral, ha sido dado el soplo de tu gloriosa hazaña. Sigamos nuestro camino y no te preocupes. Este asunto no tendrá más *cola* que la que nos sigue.

—¡Que ya es bastante! ¡Demonio de gente! ¡No es poco pegadizo!

—No le hagas caso, y a lo nuestro. ¿Dónde vive el notario?

—Por ahí debe de ser.

—Por ahí veo vacas paciendo tranquilamente en mitad de la rúa. Me parece que no será una de ellas....

—Lo mejor es preguntar la dirección a esos estúpidos.

—Es una idea. Si les hablamos, se pondrán entusiasmados por la alegría a nuestras órdenes. A los perros les sucede lo mismo.

El Murciélago se volvió hacia los curiosos, y les hizo esta pregunta:

—¿Puede alguno de ustedes decirme dónde está el despacho del administrador de los bienes de Jefferson Clancy?

El ferrocarrilero se encargó de la respuesta, y ya en la puerta de la casa donde vivía el notario, *El Murciélago* saludó a los pueblerinos que se agruparon frente a ella.

—Son ustedes muy amables, y mi amigo y yo les saludamos fresca y regocijadamente.

Tras este delicado elogio, los forasteros desaparecieron en la oscura escalera, y como quiera que los ciudadanos de Dodson aun no se dispersaban, Burns bromeó con *El Murciélago*:

—¿Se habrán acaso creído que les vamos a tirar confites como en los bautizos a la chiquillería?

—A esos lo que les conviene son bolas de naftalina,

*
*
*

El Murciélago y Burns subieron al piso donde el notario tenía su despacho, y como en la puerta había un letrero que decía: *Entrar sin llamar*, así lo hicieron, para detenerse, sin embargo, apenas hubieron puesto pie en el gabinete.

Habían visto a un hombre haciendo gestos



—Son ustedes muy amables, y mi amigo y yo les saludamos...

y gritando, o poco menos.

Era el mismo notario, que además de ser abogado tenía la agravante de ser poeta.

La prudencia aconsejó a los amigos no adelantarse un paso más hasta ver qué hacía aquel hombre. Además...

—Deténgase, caballero....—había ordenado el notario cuando ellos llegaron.

—¡Caramba!—exclamó Burns por lo bajo a

su compañero.—En este país la gente está por civilizar.

La voz del notario repitió con más bríos:

—Deténgase, caballero...

dijo el alcaide altanero

al infeliz prisionero

que iba a ponerse el sombrero.

—¡Ah, vamos..., es un *patatero!*—reconoció Burns, que se tranquilizaba al igual que *El Murciélago*.

—Menuda sorpresa nos dió ese rimador de mala pata. Calla; ahora se fijó en nosotros.

—¡Oh, señores! Perdonen mi distracción. Estaban ustedes ahí... y yo...

—Usted recitaba unos pies magníficos, ya los hemos oído—terminó *El Murciélago*.

—¡Oh, no! Mis pies no tienen nada de particular.

—Ya se ve... Debe usted sufrir bastante con esos juanetes que acusan sus botas... Yo ya sé qué cosa es eso...—intervino Burns.

El notario, que hablaba con *El Murciélago* de los pies de sus versos, fingió no haber comprendido la metida de pata de Burns.

—(Te colaste, chico.)—soplóle al oído *El Murciélago* conteniendo la risa.

—¿Quiénes son ustedes, señores?—preguntóles el notario.

El Murciélago le enseñó la carta que él le escribiera a Chicago, y la documentación que acreditaba su identidad.

El notario ofrecióse entonces incondicionalmente a su nuevo cliente, y le notificó que podía cobrar en seguida la herencia del tío.

—Sí, sí; prefiero siempre liquidar mis cuentas a la mayor brevedad—le contestó *El Murciélago*.—Puede usted, pues, entregarme el dinero.

—Tendremos que ir al Banco. Dos pasos nos separan de él.

De nuevo en la calle los dos forasteros, se les acercaron los pueblerinos de antes y otros más que la curiosidad y el ocio atrajeron al corro que se formara frente la casa del notario.

Este presentó a sus conciudadanos al *Murciélagó* como sobrino de uno de los desaparecidos habitantes del lugar, y así todos quedaron enterados de quien era y a lo que había llegado al pueblo.

Conocida que fué la personalidad del *Murciélagó*, el jefe de policía de Dodson se le acercó, enseñándole la insignia de *sheriff*.

—(¡Me habrá reconocido este tío!) —temió *El Murciélagó*.

Pero no; el *sheriff* le tendía la mano, y le decía:

—No tiene usted más que mandar.... Conoció mucho a su difunto tío....

El notario se abrió paso entre sus vecinos y se alejó con *El Murciélagó* y Burns hacia el Banco, donde llegaron al poco rato.

Eliezer Pardee, alcalde del pueblo y propietario de una magnífica colección de hipotecas al diez por ciento, era el señor y dueño del establecimiento en cuestión.

—¡Hola, señor Pardee! Estos señores que vienen conmigo son: el uno, sobrino de nuestro pobre Clancy, y el otro, secretario del primero.

—Tanto gusto, señores.

—Eso del gusto es nuestro —agradeció Burns.

—Usted, señor notario, debe querer que le entregue el depósito de dinero y papeles que hizo en mi caja, ¿no es así?

—En efecto.

—Voy a complacerle en el acto.

—Bonita caja de caudales—apreció *El Murciélagó* al ver la que abría el banquero.

—A prueba de ladrones...

—(¡Mi madre! ¡Qué cajita y qué billetes fascinadores!) —exclamó Burns, acercándose a ella instintivamente hasta tocarla.



—Son ochenta y siete dólares y diecisiete centavos...

—(No te apoyes ahí, no sea que se doble)—murmuró *El Murciélagó* que adivinaba sus intentos, mientras el banquero y el notario repasaban unos documentos.

Burns apartóse del interesante mueble de acero, sentóse frente al notario, en tanto que el banquero le decía al *Murciélagó*:

—Son ochenta y siete dólares y diecisiete centavos lo que ha de cobrar...

—¿Ochenta y siete, ha dicho? —preguntó, más helado que el Montblanc, *El Murciélagu*.

—Y diecisiete centavos.

—¿Esto es todo...?

—La totalidad de la herencia en metálico.

Burns, que lo mismo que *El Murciélagu* soñaba con una cifra fabulosa, quedó como atontado. ¡Si en gastos de viaje y estancia ya se irían más de cien dólares! ¡Bonito negocio habían hecho!

—También le dejó su tío el taller de imprenta del periódico local y un pequeño terreno....

—le anunció al *Murciélagu* el notario.

—¡Ah! Vamos a ver qué propiedades son esas....

—Si necesita usted dinero, podré prestárselo... con hipoteca sobre la imprenta, y al diez por ciento de interés....—le ofreció al heredero el alcalde y hombre de negocios.... ilegales.

—Si se presenta el caso me acordaré de usted—respondió *El Murciélagu*.

Del Banco, el notario y los forasteros se dirigieron a ver el resto de la herencia del tío.

Cerca de una imprenta el notario informó al *Murciélagu* que era la que le dejara el difunto, y aquél retrocedió lleno de extrañeza.

—¿Eso es la fachada de una imprenta? ¡Si lo parece todo menos eso! ¿Y es sobre eso que el alcalde me ofreció una hipoteca?

—No hay otra imprenta en el lugar.

—¿Hay mucha maquinaria dentro?

—Ya iremos luego. Primero le enseñaré el terreno.

El alma del *Murciélagu* y la de Burns se les habían caído a los pies de desencanto, y los cuerpos seguían como autómatas al notario.

—Este es el terreno de que le hablaba—dijo

al *Murciélagu* el funcionario público frente a un campo lleno de piedras.

Los dos ex presidiarios se horrorizaron ante la tristeza que tenía aquel terreno inculto, y vieron por obra de la fantasía a unos forzados picando piedra en él.

Decididamente el viaje a Dodson resultaba cada vez peor.

—Vayamos a la imprenta—suplicó *El Murciélagu* al notario.

Cumplió éste el deseo de su cliente, y al efecto que les produjo antes a los forasteros la fachada de aquélla, añadióse el pésimo estado del interior.

Había en él, ¡hasta una reja! ¡Qué cosa más rara que todo recordara la cárcel!

Disgustado por completo por el «timo» que le resultaba ser la herencia, *El Murciélagu* le susurró a Burns:

—Hipotecaremos la imprenta y, apenas tengamos el dinero en la mano, nos largaremos con viento fresco.

Súbitamente, los visitantes vieron a una señorita ajustando una máquina, sorprendiéndola en un momento en que su cara, de ordinario muy bonita, estaba manchada de grasa negra.

La aludida joven, Alice Ward, redactora de las notas de sociedad del periódico, le tenía cariño a la casa, y cuidaba con interés de los elementos de trabajo de la misma.

Ruborizada, aunque no se le notara, por la presencia de los desconocidos, uno de ellos el nuevo propietario de la imprenta, según presentación hecha por el notario, desapareció de su vista y dióse maña en componerse.

El notario tomó licencia de su cliente para



- La caja de caudales, como si no existiera, ¿entiendes?

acudir a otros asuntos, y quedáronse solos los dos amigos y la redactora, que regresó transformada.

La señorita era linda de veras, y *El Murciélago* olvidaba todas las cosas desagradables de Dodson.

Habló con ella acerca de la imprenta; y se enteró de que el periódico, por ser el único del



Habló con ella acerca de la imprenta...

lugar, había sido el único medio de vida del tío Jefferson, y que podía obtenerse mejor rendimiento introduciendo algunas modificaciones en él.

Aunque al principio no tuviera *El Murciélago* la intención de ocuparse de periódicos ni mucho menos, el deseo de conocer más a Alice le hizo aceptar la idea de probar de hacer algo de provecho para el pueblecillo dormido.

Burns era un buen impresor; de modo, que lo demás podrían hacerlo la redactora y el director.

La llegada a la imprenta de la única parienta de Alice, su tía Mary, suspendió la conversación sobre el tema comercial de referencia.

Alice presentó a los forasteros a su tía, y mientras *El Murciélago* se aficionaba a platicar con la joven, Burns, más reposado, se ocupaba de la tía, que a pesar de sus años se conservaba muy simpaticona.

Al final de la charla, la tía, amabilísimamente, dijo a los amigos:

—El único hotel que había, se cerró hace tiempo. Si quieren ustedes venir a vivir con nosotras, tenemos una habitación disponible.

—No quisiéramos molestarlas—respondióle *El Murciélago*, mirándose en los ojos de Alice, que sonreía.

—Molestia, ninguna...—aseguró la tía.

—Siendo así...

—Entonces, les esperamos a la hora de comer.

—Eso es.

—Hasta luego, pues.

—Hasta ahora, señoras...

Alice salió de la imprenta detrás de su tía, y añadió, por su parte, a los amigos:

—No falten, ¿eh?

Y *El Murciélago* le musitó:

—No faltaremos... señorita...

A solas los dos compañeros, Burns, apelando a la realidad, le dijo a su amigo:

—Bueno, hablando de la caja de caudales del alcalde...

—La caja de caudales, como si no existiera, ¿entiendes?

—Pero chico, ¿es que hemos venido aquí para que nos tomen el pelo?

—Ni tú ni yo somos unos bribones convencidos. Tú me aprecias y yo te tengo asimismo mucho afecto. Déjame hacer a mí.

En el hogar de las dos nobles mujeres, *El Murciélago* y Burns conocieron las delicias del nido familiar, y renacían a una vida superior a la que conocieran.

El periódico iba a resucitar en manos de los forasteros.

El Murciélago trabajaba afanosamente secundado por Alice, en la redacción del texto del primer nuevo número, y Burns ponía a contribución toda su ciencia tipográfica para el tiraje de los ejemplares.

Mientras el periódico entraba en máquina, *El Murciélago* ordenó la contabilidad pendiente, y salió de cobros.

Su deseo eran pesetas, mas no le salió bien la cuenta.

—En Dodson, la costumbre es que todos los pagos se hagan en mercancías—fué la moneda con que le pagaron en todas partes.

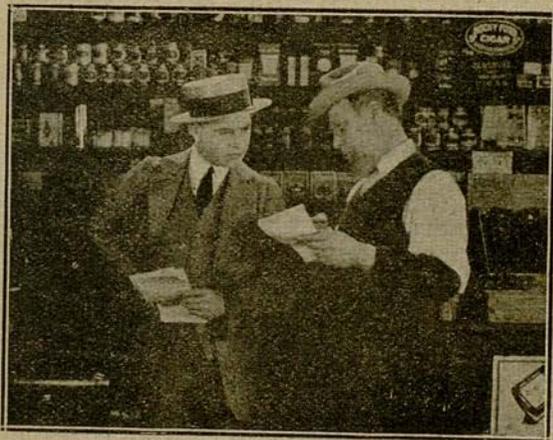
—¡Muy bonito!—refunfuñaba el nuevo director.—Según esa gente, yo debo pagar el papel con tomates. Pero esto no ha de quedar así. A un pueblo como este hay que sacudirlo. Y lo voy a sacudir.

A la mañana siguiente, cuando ya habían sido cobradas todas las cuentas, en mercancías, amontonadas en la imprenta, con precios ruinosos para liquidarlas, y estaba en manos del público el número del periódico, se les presentó a los forasteros una comisión de ciudadanos dirigida por el tendero principal del lugar.

Esa gente venía en son bélico.

El aludido tendero, en nombre de todos, informó al *Murciélago*:

—Usted ha ultrajado a todo el pueblo de Dodson, de modo que hemos resuelto, como protesta general, retirar nuestros anuncios de su periódico, y darnos de baja en la suscripción.



— En Dodson la costumbre es que todos los pagos se hagan en mercancías.

—No veo que haya en mi periódico motivo para que tomen ustedes tal resolución.

—¿Le parece a usted poco este articulo de presentación de la nueva dirección?:

¡DESPIERTA, DODSON!

Pueblo de Dodson: estás dormido y es preciso que despiertes.

Tus calles tienen telarañas. Y también tus

habitantes. Las vacas pastan en la plaza, y los vecinos cabecean en los talleres.

¡Despierta, Dodson! ¡Avívatel! Conviértete en un pueblo de veras.

No seas una momia. ¡Despierta, Dodson!

«Se ha propuesto usted burlarse de todos nosotros, y se ha lucido usted. Antes de escribir hay que saber lo que se escribe.

—Quite mi anuncio inmediatamente—gruñó otro tendero.

—¡Está usted tratando de arruinarnos, vendiendo nuestras propias mercancías a menos del precio de costo!—clamó un tercero.

—Nunca he sido suscriptor de su periódico, pero ahora... ahora... ni siquiera lo leeré—protestó, a su vez, el ferrocarrilero mascador de chicle.

El Murciélago, despedido, dirigió la palabra a los pueblerinos:

—Si no fuérais una partida de empolvados vejesterios, os quitaríais las telarañas de los ojos y del entendimiento, y convertiríais a Dodson en un pueblo de veras... un pueblo activo y bello... en lugar de tener protestas para todo. Protestáis porque os digo que desperitéis... Protestáis porque vendo vuestras mercancías más baratas que vosotros. ¡A ver qué hago yo con tanta sardina en lata y otras conservas! Me parece que no queréis que me coma todos los artículos con que me habéis pagado vuestras cuentas pendientes con mi difunto tío.

No le valieron palabras al *Murciélago* para hacer retornar a los buenos sentimientos a los pueblerinos, sino al contrario, éstos se enfurecieron más contra él y salieron de la imprenta dedicando una serie más que regular de im-

properios a los *señoritos* de la ciudad.

Alice sentía en el alma lo sucedido, cosa que ella había previsto el día anterior, sin que *El Murciélago* hubiera seguido su discreto consejo de que no publicara el artículo que había indignado al pueblo, porque iba recto contra el pueblo.

Ante su fracaso como periodistas, los forasteros volvieron a sus torcidos procedimientos y decidieron estafar a todo el pueblo de Dodson.

Celebraron los dos amigos una importante entrevista, y se aceptó como maravillosa una idea expuesta por *El Murciélago*.

—Avisa por telégrafo a Charlie, el leguleyo, que venga, y que se haga pasar como el enviado de una imaginaria Compañía de Petróleo—le encargó *El Murciélago* a Burns.

Cumplió éste la orden, y más tarde los forasteros se reunían con varios obreros en el terreno pedregoso que le legara al *Murciélago* su tío, y delante de varios pueblerinos que les siguieron por curiosidad, plantaron en tierra un cartelón con una inscripción.

—De hoy en adelante, este lugar se conocerá con el nombre de Clancy, Burns y Compañía—pronunció en voz alta *El Murciélago*.

Los pueblerinos se acercaron al cartelón, pero los forasteros, prestamente, se opusieron a su avance:

—Atrás, si no quieren que les obliguemos, por la fuerza, a salir de estos terrenos.

¿Qué será eso?—se preguntaban los pueblerinos.—¿Qué misterio llevan entre manos esos dos?—buscaban a saber.

La espectación aumentaba por momentos... y eso era precisamente lo que les convenía a los forasteros.

La llegada de Charlie, el leguleyo, «eminente perito en asuntos petrolíferos, enviado por la Compañía Refinadora de Petróleo de Quibble», fué presenciada por numeroso gentío, que bien se cuidaron *El Murciélagu* y Burns de enterar indirectamente al pueblo que estaban esperando la visita de aquella «lumbre petrolífera.»

Desde la estación, los tres compañeros de oficio, se trasladaron a la imprenta. La gente se quedó fuera, comentando a su manera el misterio.

Alejados de todo ruido y seguros de no ser vistos por nadie, los tres forasteros se estrecharon las manos.

—¿De qué se trata?—preguntó a sus amigos el leguleyo.

—Tenemos un «negocito» que está dentro de la ley: petróleo.

—Petróleo me llamo de hoy en adelante.

—El terreno donde simularemos que existe el filón, es mío.

—¿Es parte de la herencia, eh?

—No me hables de ella. ¡Salgo perdiendo dinero!

—¿Cómo?

—Sí, hombre, sí, mi tío era más pobre que una rata. Pero, en fin, a ver si con ese terreno que parece una cantera de forzados, nos ganamos unas pesetas. Si nuestro plan falla, no sé si los fondos llegarán para emprender el regreso a la comunidad.

—¿Es lista esa gente?

—Son unos camellos... excepto dos personitas.

—¿Hay un mapa geológico del terreno?

—No, pero se hace en un momento... Ya está... Esas líneas bastan.

—Vayámonos ahora al terreno, y allí haré mis apócrifos estudios.

Los tres amigos salieron de la imprenta, y se dirigieron hacia el terreno inculto, llevando tras ellos una comitiva de lugareños con el alcalde al frente.

Sobre el campo, Charlie comenzó a actuar, dándose las de concienzudo y experto perito.

Los pueblerinos esperaban ansiosos el resultado del examen del terreno en cuestión, y oyeron como Charlie reconocía que una piedra cogida del suelo al azar era conglomerado fofisífero.

El alcalde—sin ser visto—cogió otra piedra, le aplicó la lengua para convencerse de que el perito no se había equivocado, y presto escupió arrojando aquélla.

—No es más que tierra—dijo.

Sin embargo, los pueblerinos se inclinaban mayormente del lado de la declaración del perito...

Con la mayor rapidez fué construído un pozo, dirigiendo los trabajos Charlie, y pronto el terreno reunía todos los requisitos indispensables para ser un buen terreno petrolífero, excepto... petróleo.

El perito volvió al lugar del filón con *El Murciélagu* y Burns, y les ofreció la compra del negocio en perspectiva.

Los últimos no se mostraban de acuerdo a vender, y Charlie, apoyando sus palabras al pasar por delante del alcalde que era todo oídos aunque algo sordo, dijo al *Murciélagu*:

—Le advierto que está usted cometiendo una equivocación al rehusar el medio millón de dó-

lares que mi Compañía le ofrece por esta propiedad.

—¡Medio millón! ¡Bahl! ¿Y cree usted que voy a vender a un precio tan bajo? No estoy loco—le contestó *El Murciélago* alzando la voz para que le oyeran todos.

—¿De modo que no hay manera de llegar a una inteligencia sobre este punto?—insistió el «perito».

—No, señor. Agradezco sus servicios, y aquí tiene usted un cheque en pago de los mismos.

—Conforme... y gracias. Si acaso lo pensara mejor, puede escribirnos.

—No creo verme en la necesidad de «reventar» mi negocio.

Al marcharse el «perito» del terreno, el alcalde se le acercó y le dijo:

—¿Trató ese joven de engañarle a usted?

—¡Oh, no!... ¡Esos muchachos son honorabilísimos! Ya saben lo que tienen y no es fácil sorprender su buena fe.

—¿Usted cree que el asunto es bueno?

—No creo que arriesgo mucho mi reputación como perito en estos asuntos, declarando que aquí hay petróleo, y no poco.

—¡Ah! Yo que creí que era una fantasía...

Desaparecido que fué el «perito», el alcalde, muy reservado con sus conciudadanos, propuso al *Murciélago* si quería aceptarle dos mil dólares, interesándole en su compañía.

Negóse rotundamente aquél, y entonces el alcalde, disgustado, dijo a los pueblerinos:

—Hay petróleo por todas partes, y no nos dejan que participemos en los beneficios.

La gente protestaba, y hubo de intervenir *El Murciélago*, que se expresó en estos términos:

—¿Y si luego resulta que no hay petróleo aquí? No podemos tener predilecciones ni favoritismos. Si dejamos entrar en la Compañía a uno, tendremos que dejar entrar a todos... Haremos una emisión de acciones, para que todos puedan participar en el negocio.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron los lugareños. ¡Eso es ser honrado!

Algún tiempo después, hecha ya la suscripción de acciones, *El Murciélago* y su compañero se disponían a levantar el vue'o.

El alcalde, no viendo aparecer petróleo por ninguna parte, se maliciaba el engaño, y fué a preguntar a un obrero:

—¿Crees que saldrá petróleo?

—Si ahondamos lo suficiente, puede que se saque un barril por año—contestó aquél con displicencia.

Escamado por tal respuesta, el alcalde se arrepintió de haber comprado acciones.

Los «timadores», listos para la fuga, se disponían a salir de la imprenta cuando llegaron a la puerta de la misma, Alice y su tía.

La amistad de aquéllos y de éstas había seguido por buen camino, pero desde el asunto del petróleo se enfrió algo pues los forasteros fingían dedicar todo su tiempo a su «negocio».

Al ver a las citadas mujeres, *El Murciélago* dijo a Burns por lo bajo:

—Escóndete con el maletín del dinero ahí dentro.

Burns lo hizo, y *El Murciélago* atendió a las dos mujeres.

—Hemos hipotecado nuestra casa al alcalde a fin de invertir el dinero en la Compañía de Petróleo de usted—le informó la tía de Alice.

El Murciélago se sintió vivamente apesorado ante la magnífica confianza que él merecía a esas dos buenas mujeres, y se apresuró a con-estarles:

—Lo siento mucho, pero es demasiado tarde. Ya no me quedan acciones.

—¡Y yo que creí que éramos tan buenos amigos!—exclamó la tía.

—Lo somos aún, señora... Pero es que, créanme, me es imposible complacerles...

Alice miró con reproche al *Murciélago* y se alejó con su menos disgustada tía.

¡Qué poco atento había estado esta vez el forastero con ellas!—pensaban.

El alcalde se enteró del deseo que ellas tenían de poseer acciones petrolíferas, y le vino al pelo quitarse de encima las que él adquiriera, cediéndoselas a ellas al mismo precio de emisión.

Los dos amigos se lamentaban, entretanto, de tener que separarse de Alice y su tía, y como tuvieran ambos ansias de despedirse, echaron suertes a ver a quién le tocaba ir a la casa de las mujeres.

El azar favoreció al *Murciélago* y mientras Burns se alejaba hacia la carretera, donde quedó en reunirse con él su compañero, éste «se despedía» de Alice, a la puerta de su casa, sin decirle que se iba para siempre.

—Siento mucho no haber podido interesar a ustedes en mi Compañía—se disculpó *El Murciélago*.

—Ya está todo arreglado. El mismo señor Pardee, el alcalde, nos ha vendido sus dos mil dólares de acciones.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Qué bueno fué! ¿Verdad?

—En efecto. Yo también se las hubiera dado a ustedes, pero quería esperar a que apareciera el petróleo.

—Le creo a usted.

—Sólo vine a presentarles a ustedes excusas.

—No había necesidad. Tenía tiempo de hablar a la hora de comer.

—Es cierto... pero hay cosas que es preferible resolverlas inmediatamente... Hasta luego, Alice...

—No se retrasen ustedes, ¿eh?

—No... no nos retrasaremos.

—Reunidos en la carretèra^{**} los dos compañeros, *El Murciélago* dijo a Burns, por el calde:

—Ese usurero se ha olido la tostada y ha estafado a la tía Mary y a Alice por nuestra culpa; a nosotros nos toca devolver esos dos mil dólares. Pongámoslos en un sobre y se los arrojaremos por la ventana posterior de su casa.

Con tan noble propósito volvían sobre sus pasos los fugitivos, cuando vieron en el aire una densa humareda negra, y unos gritos que pregonaban con entusiasmo:

—¡Petróleo! ¡Petróleo! ¡¡¡PETRÓLEO!!!

¡El pozo, ahondado suficientemente, vomitaba el preciado líquido!

El pueblo en masa se precipitó sobre los forasteros, y los levantaron en hombros, tribu-tándoles una estruendosa ovación.

¡Aquel surgimiento de petróleo era la prosperidad de Dodson!

Ellos, los forasteros, estaban desconcer-tados.

Alice, dichosa por *El Murciélago*, le admiraba con éxtasis.

La tía Mary hacía lo propio con Burns.

Y los dos «bribones por la fatalidad del sino», reconocían con emoción que alguien que velaba por ellos se había empeñado en hacerlos marchar por el camino recto.

Para demostrar su agradecimiento al *Murciélago*, los pueblerinos organizaron una fiesta en su honor.

Hubo baile, discursos y un delicado *lunch*.

El único descontento era el alcalde, que se tiraba de los pelos por no tener acciones.

Para que hasta el usurero fuese feliz, *El Murciélago* le prometió venderle otras acciones.

Aquella noche las estrellas brillaron más que nunca....

*
**

Dispuesto a ser un hombre bueno, sin deudas con nadie, libre, en fin, *El Murciélago* tomó una inquebrantable decisión: regresar a la cárcel.

Se lo dijo a Burns, que lloró honradamente. Y se despidió de Alice.

—Debo marcharme de Dodson, por seis meses....

—¡Oh! ¿Por qué tanto tiempo, señor Clancy?

—Tengo que cumplir una obligación que dejó interrumpida... y necesitaré ese tiempo para terminarla satisfactoriamente. Y cuando vuelva, tendré muchas explicaciones que dar y una pregunta que hacer.

Alice, ruborizándose, le contestó:

—No tiene usted nada que explicar. Vuelva sin falta; eso es todo.

Se estrecharon luego las manos, y los dos sintiéronse ligados moralmente para toda la vida...

Burns se acercó a su amigo cuando le vio solo.

—¿Vas a ir allí de veras...?

—¡Sí, Burns, es preciso, para que sea digno de ella!



—No tiene usted nada que explicar. Vuelva sin falta; eso es todo.

—¡Eres todo un hombre! ¿Me abrazas?

—¡Como un hermano, Burns! ¡Qué gusto da ser honrado y saberse amado!

*
**

Con nobleza incomparable, *El Murciélago* reintegróse a su encierro aprovechando un día

de visitas, y se presentó al director de la cárcel.

—He regresado a cumplir mi condena... Estoy decidido a reformarme, y creo que debo empezar por saldar esta deuda, para estar en paz con Dios y con los hombres.

—Murciélago, yo siempre dije que tú eras honrado.

—Sí, señor Director, lo soy, quiero serlo...

Y su pensamiento y su corazón besaban la frente de la enamorada....

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La dramática producción

EL SARGENTO O'MALLEY

PROTAGONISTA: El eminente

WILLIAM S. HART

(EL ÁUSTERO)

Interesante argumento. — Marca Paramount.

Postal-fotografía-regalo:

HOUSE PETERS

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

En toda España.